

A VECES CUESTA CARO EVITAR QUE TE VAPULEEN PERO MERECE LA PENA PORQUE ES JODIDAMENTE DELICIOSO

J u l i o C é s a r J i m é n e z

(...) Hace un par de años asistí a una velada que conmemoraba algo literario (hay testigos que lo constatan, por el contrario lo habría olvidado). Un reconocido intelectual —para más señas, gran novelista andaluz cuyo nombre no desvelaré sin su autorización— espetó lo siguiente a la selecta concurrencia: —*Los poetas sois unos hermosos decoradores de interiores, mientras que nosotros (los novelistas) hacemos el verdadero trabajo de campo.* La patada en los huevos fue monumental y aunque visiblemente pareció poner incómodos a algunos tipos de la mesa, a mí me produjo una soberbia hemorragia de alegría. A esa hora ya habíamos entrado en la madrugada, la osadía de la gente había cambiado de sitio (de los ojos a la boca) y los escorpiones me llegaban a la cintura (imposible deshacerse de ellos). Adyacentes a la lengua, ínfimos lagartos-tigre anunciaron cambio de género y número, dirección de los capilares y asambleas de la emoción en la sien, rebelión de sincronías en el pasado, estreno de sombra —más nítida y mezquina—, deslizamiento del instante sobre su lugar (como evolución del oportunismo), y desde luego, la disipación de los límites (todos ellos responsables en su día de haber dilatado un cuerpo nacido de la ocasión). Así que allí estaba yo en medio del humo, el cinismo corporativo y demás secretos de la cena mientras todos los hombres y mujeres del mundo —del bar, quiero decir— me parecían indefensos y bellos y únicos y accesibles al abrazo o la bofetada, como cuando tu padre se equivoca contigo por tercera vez y entonces en ese momento justo puedes deshacerte de él pero en el fondo no quieres porque significa sacar de ello demasiada felicidad, el vicio más aconsejable para acabar con uno mismo. En fin, que me levanté de la mesa como pude, disolví bajo la silla la horda arácnida, pregunté al camarero dónde estaba el baño y, tras evitar todos los espejos, críticos de literatura, poetas que van de poetas, concejales orondos, periodistas deportivos, politólogos exaltados y similares amenazas alineadas en el aire, llegué allí dentro donde arranqué de cuajo un grifo del lavabo porque matemáticamente es demostrable que siempre hay uno flojo en lugares como ese. Volví a la mesa con idéntico esmero y temor, me acerqué por la espalda al popular novelista y, como ensayo de entrañable gilipollez o personalísimo trabajo de campo, metí la serpiente cromada en el bolsillo de su chaqueta.

Julio César Jiménez es poeta